



LO MEJOR NO «SIRVE PARA NADA»

Un monje enseñaba a unos distinguidos visitantes una bellísima sala gótica del monasterio. Una buena señora, por todo comentario, preguntó: «Y esta sala ¿para qué sirve?» El monje no pudo evitar una sonrisa irónica y explicó a la buena señora que esa sala ya hacía algo muy importante siendo tan hermosa como era y que su utilidad práctica interesaba mucho menos que su belleza. Y cuando la señora partió, el monje se quedó pensando qué habría respondido si la ilustre dama le hubiera preguntado para qué sirve un monje. Y se respondía que «un monje no sirve de, ni sirve para, sino que sirve a». Es decir, que lo importante del monje no es lo que pudiera producir sino el hecho de

"servir a Dios".

Vivimos en un mundo que parece pensar que el único valor de las cosas o de las personas es su utilidad práctica. Podría decirse, en todo caso, que las cosas tienen que «servir para» algo, ¡pero no las personas! Unas tijeras sirven para cortar, una cuchara sirve para tomar la sopa, una sartén para freír. Pero la señora de la anécdota no se preguntará nunca para qué sirve su marido o de qué sirve su marido. Y si pensase que esas expresiones se le pueden aplicar a su esposo, sería señal de que, para ella, su marido es un marido-sartén.

La frase me ha encantado, porque, efectivamente, hay muchas personas en nuestro mundo que miran a cuantos les rodean como personas-sartén, y así tienen marido-sartén, esposa-sartén, empleados-sartén, hijos-sartén... Sartenes cuyos mangos parecen tener en sus manos. Son gentes que «usan» a los demás y, encima, los usan como servilletas de «usar y tirar». Es decir, te quieren en la medida que les sirves para algo y te olvidan cuando ya, más que servir, les pesas. ¿Cuántos ancianos-sartén no habrá en nuestro mundo? ¿Cuántos amigos-sartén tenemos cada uno de nosotros?

Habrà que reivindicar el valor de lo inútil. De la belleza que no «sirve» para nada. De la sonrisa que tampoco «sirve». Del amor que no sirve para nada... práctico y, por tanto, es lo único que sirve para algo verdadero.

Y cuando alguien nos pregunte: «Y creer en Dios, ¿para qué os sirve?» Pues... para nada. Creer en Dios nos llena, nos hace felices, aunque no nos cure nuestras enfermedades, aunque nos siga dejando en la noche oscura. Le quiero porque le quiero lo mismo que Él me quiere porque me quiere.

EL ROSARIO

El pueblo cristiano siempre ha sentido la necesidad de la mediación de María, "omnipotencia suplicante"; "canal de la Gracia". Entre las devociones a María una destaca claramente: el Santo Rosario. A la oración vocal de las Avemarías, intercaladas cada diez por un Padrenuestro y el Gloria, se añade la meditación de los misterios de la vida del Señor.

La forma más habitual de su rezo es de cinco decenas de Avemarías, contemplando cinco misterios diarios, distribuidos en cuatro ciclos a lo largo de la semana y que recuerdan los grandes misterios de la salvación: gozosos (lunes y sábado), dolorosos (martes y viernes), gloriosos (miércoles y domingos) y luminosos (jueves). Los gozosos tratan de los misterios de la infancia de Jesús. Los dolorosos los de su pasión y muerte. Los gloriosos los de la resurrección del Señor y la exaltación en la gloria tanto de Él como de su Madre Santísima. Así fue durante varios siglos. Juan Pablo II vino a llenar un hueco lógico y devocional que muchos echábamos en falta: los misterios luminosos que contemplan la vida pública de Jesús.

EL ELOGIO SINCERO

Un escritor refería que limpiando el desván de la casa en la que, durante un siglo y medio, había vivido su familia, encontró lo que para él fue la reliquia más valiosa: las viejas cartas descoloridas que descubrió en un baúl. En realidad eran cartas sin ninguna importancia histórica pero el escritor nos dice que "...la gente en aquellas generaciones se preocupaba enormemente de los otros y muy íntimamente. Y lo decían así, con un énfasis que tal vez fuera ingenuo pero que era también profundamente conmovedor...; ellos hablaban de su amor y de su admiración por el otro... ¡Qué maravilloso eres! Este es el constante estribillo". Parecía como si las personas que habían escrito aquellas cartas quisiesen que el otro nunca olvidase cuán admirado y amado era. Ocasionalmente he oído la recomendación de que tenemos que ser parcos en nuestras alabanzas para evitar que los otros se vuelvan vanos u orgullosos. En la mayoría de los casos el mayor peligro es que el otro, quienquiera que sea, si seguimos la recomendación dicha, pueda sentirse descorazonado y desconfiado de sus capacidades y no el que pueda volverse orgulloso por nuestra aprobación.

Si te enfrentas contigo, algo sacarás. Porque la conciencia calla y duerme, pero no muere nunca. Es una suerte que no muera nunca. Porque si llegara a morir, sería señal de que Dios nos había dejado de su mano. Y Dios, afortunadamente, no nos abandona mientras vivimos.

PARA SER FELICES

Cristo no se hizo Hombre para amargarnos la vida con leyes morales imposibles de cumplir. Por el contrario, el vino para darnos la libertad, la esperanza, la felicidad. Ahora bien, eso sólo será posible si le hacemos caso, si le obedecemos, si le imitamos. Y cumplir las leyes morales no es otra cosa más que imitarle.

En definitiva, sólo seremos de verdad libres y felices si amamos. Todo lo que no sea amor verdadero, no nos libera sino que nos esclaviza. En cambio, cuando amamos, nos sentimos bien porque sacamos de nosotros lo mejor que hay y porque contribuimos a la felicidad de los demás. Pero no hay que olvidar que el amor siempre implica renuncia y sacrificio, olvido de uno mismo, alejamiento del propio egoísmo.

Amar, por lo tanto, es el camino de la felicidad, pero el camino del amor es la generosidad y, en el fondo, la cruz. O entendemos esto o tenemos un concepto falso, sentimental y traicionero del amor.

S.M.

ANGUSTIA Y VIDA

Víctor Frankl, en una de sus visitas a Río de Janeiro, fue entrevistado por un periodista del «Jornal do Brasil», en el hotel Copacabana Palace, donde se hospedaba. El reportero le preguntó: «¿Por qué sus libros son best sellers en tantos países?» Frankl respondió: «Porque hablo del sentido de la vida, porque a través de esos libros ayudo a las personas a recuperar el sentido de sus vidas, que es la necesidad primordial del ser humano. ¿Ve a toda esa juventud en la playa? Gente guapa, alegre... Pero su alegría es tan superficial como su bronceado. Los conozco bien... Una contrariedad, un fracaso, una enfermedad, la pérdida de un ser querido... y caen en la depresión, hablan de ir al psiquiatra... Les falta un sentido fundamental para la vida y para la muerte. Yo curo a un enfermo en tres meses haciéndole encontrar ese sentido».

En realidad, cómo va a haber seguridad mientras no se pueda responder a esta pregunta esencial. «¿Hacia dónde voy? ¿Cuál será el punto final de mi trayectoria en la tierra?». Es evidente que, sin Dios, sin eternidad, el único destino que las personas conciben es el aniquilamiento total. ¿Cómo puede viajar feliz y optimista por muy agradable que sea el trayecto- el pasajero que sabe que el avión que lo lleva va a estrellarse contra el «pico del Pan de Azúcar» que preside Río? Si la vida humana, por más larga y placentera que sea, va a disolverse entre la nada con la muerte, ¿no será, ya desde el principio, un viaje angustioso?

EL COFRE

Un campesino estaba haciendo un pozo en su campo. Cuando llevaba horas cavando con su pala, encontró un cofre enterrado. Lo sacó de allí y, al abrirlo, vio que contenía una fabuloso tesoro.

Pasado el primer momento de sorpresa, el campesino pensó que era un regalo que Dios le había hecho. Pero aquello no podía ser para él solo, era demasiado. Él era un simple campesino que vivía feliz trabajando la tierra. Seguramente habría habido alguna equivocación. Muy decidido, cargó el cofre en una carretilla, y tomó el camino que conducía a una ermita donde vivía un monje con fama de santo para que le aconsejara y dispusiera de él, porque se decía que Dios en muchas ocasiones le inspiraba para el bien de los demás.

Al rato de ir por el camino encontró a una mujer llorando. Sus hijos no tenían nada para comer y los iban a echar de la casa donde vivían por no poder pagar el alquiler.

El campesino se compadeció de aquella mujer, abrió el cofre y le dio un puñado de diamantes y monedas de oro. Lo suficiente para solucionar su problema. Pensaba que Dios estaría de acuerdo porque por su Hijo Jesús había dicho "Lo que hicieras con uno de esos a mí me lo hiciste".

Más adelante vio un carromato parado en el camino, porque el caballo que tiraba de él había muerto. El dueño estaba desesperado. Se ganaba la vida transportando cosas de un lado para otro, de modo que ahora ya no podría hacerlo, pues no tenía dinero para comprar otro caballo. El campesino volvió a abrir el cofre y le dio lo necesario para un nuevo caballo.

Al anochecer, llegó a una aldea donde un incendio había arrasado todas las casas. Los aldeanos dormían en la calle. El campesino pasó la noche con ellos y, a la mañana siguiente, les dejó lo suficiente para que reconstruyeran toda la aldea de nuevo.

Y así fue recorriendo el camino y fueron tantas las personas a las que ayudó que, cuando ya faltaba poco para llegar al templo de Dios, sólo le quedaba un diamante. Aunque poco le duró, porque cayó enfermo de unas fiebres y una familia le recogió para cuidarle. En agradecimiento, les dio el diamante que le quedaba.

Cuando llegó al templo salió a recibirle el monje. Y, antes de que el campesino pudiera explicar lo sucedido, le dijo: -Menos mal que has venido, amigo. Fui a tu casa para comentarte una visión que tuve. Mira, en tu campo hay enterrado un tesoro. Por favor, encuéntralo y repártelo entre todos los que lo necesiten.

L. B.



Los tesoros de todo tipo -cualidades, conocimientos, riquezas -
son para compartir.